

Lo que sea de cada quien

Treintañeros contra Nathalie Sarraute

Vicente Leñero

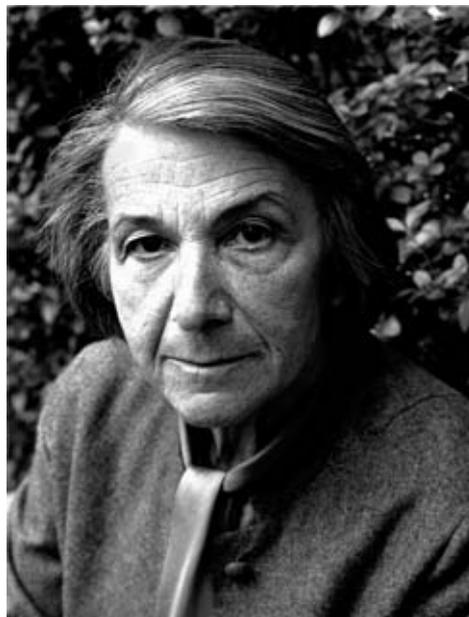
De pronto, Nathalie Sarraute llegó a México.

Era figura importante del polémico *nouveau roman* que en Francia cultivaban Alain Robbe-Grillet, Michel Butor, Claude Simon... Novelas cercanas a la geometría (en Robbe-Grillet), a las convenciones del tiempo (en Butor), a la desaparición de los personajes (en Sarraute).

Se consideraba a Nathalie Sarraute —nacida en Rusia en 1900, pero ciudadana francesa desde los cinco años— la provocadora de esos experimentos narrativos desde que Sartre saludó consagrativamente *El señor Marterau* como la gran novela del futuro. Luego, cuando publicó *Los frutos de oro*, la candidatearon al Nobel que terminaron otorgándole a Claude Simon en 1985 como para reconocer tardíamente al *nouveau roman*.

El hecho es que en julio de 1966 Nathalie Sarraute estaba en México y José Luis Martínez, entonces director de Bellas Artes, no sabía qué hacer con ella a sabiendas de que en México se execraba al *nouveau roman*. Desde Carlos Fuentes hasta Salvador Elizondo. Elizondo se contradecía un poco. Mientras descalificaba a Robbe-Grillet, se deshacía en elogios para *El año pasado en Marienbad*, una película exhibida en México en una de aquellas célebres reseñas. La película era de Alain Resnais sobre un guion escrito precisamente por Robbe-Grillet. (Ahora sigo pensando que su *Farabeuf* está en deuda con *El año pasado en Marienbad*).

Ya que la criticada Nathalie Sarraute estaba en México, José Luis Martínez, para salir del apuro, organizó en la Sala Ponce una mesa redonda con ella y con treintañeros supuestamente renovadores de nuestra literatura; por lo tanto afines a la francesa: Julieta Campos, Salvador Elizondo, Inés Arredondo, Juan García Ponce y quien



Nathalie Sarraute

esto recuerda. También participaba Margo Glantz que se encargó muy bien de la traducción.

En una Sala Ponce semivacía apareció Nathalie Sarraute: delgada, seca como una pasa y envejecida pese a sus setenta y seis años. Elizondo y García Ponce murmuraban por lo bajo, como chacoteando desde el principio.

Fiel seguidora del *nouveau roman* desde México, Julieta Campos empezó leyendo una sesuda ponencia sobre la Sarraute y esa nueva corriente que había encontrado una fascinante manera de abordar “personas que se evaden, se desintegran, pierden su contorno en *yos* anónimos, en simples portadores de esa trama de sensaciones...”.

Entre muecas groseras de García Ponce y gestos distractivos de Elizondo de que “no se oye bien”, la Sarraute recordó la gran revolución de la novela con Marcel Proust, James Joyce y Virginia Woolf. “El *nouveau roman* sólo se limitó en el fondo —dijo— a aprovechar aquellas innovaciones modificándolas y procurando llevar un poco más lejos las ideas que ya existían... Entonces dijeron los nuevos novelistas: ‘Vamos sólo a intentar mostrar nuestros sentimientos interiores fuera de los personajes’. Fue cuan -

do surgió en Francia la polémica” —dijo Nathalie Sarraute—. Y también en la Sala Ponce se desató una enrevesada polémica encabezada por García Ponce que descalificaba al *nouveau roman* porque existían otros escritores como Hortense Calisher o Van Dorer que “incluyen todos los aspectos de la realidad, o sea: no la de un mundo interior renunciando al personaje porque de lo que se trata es de dar el personaje y el mundo interior a la vez”.

Recuerdo a Nathalie Sarraute respondiendo a todo con serenidad.

Recuerdo a Salvador Elizondo con su evasivo “no se oye bien” y planteando fuera de tema cuáles eran las diferencias entre la realidad y la verdad.

Recuerdo a Inés Arredondo confesando “que en el *nouveau roman* no encontraba una visión del mundo” y que “Flaubert decía que lo que está pensado claramente puede enunciarse claramente”.

Me recuerdo balbuceando que “lo importante es escribir buenas novelas cualquiera que sea la corriente literaria que se cultive”.

Recuerdo a la Sarraute tratando de contestar a todos sin perder la compostura y a Margo Glantz mediando para que “no se arrebatan la palabra, por favor”.

García Ponce retomaba a cada rato sus razonamientos, mientras Elizondo seguía alegando que “no se oye bien” y se hacía necesario plantear la diferencia entre realidad y verdad.

Cuando salíamos de la Sala Ponce, García Ponce renegó: “El *nouveau roman* me vale madres”. Y Elizondo: “¡Pinche vieja, para qué vino!”.

En la *Revista de Bellas Artes*, Huberto Batis reprodujo el desafortunado coloquio. Por eso lo recuerdo. **u**